



EN ESPAÑA, CON PABLO NERUDA

José Caballero

*Pablo Neruda en su pájaro
en un momento. Madrid 1936*

por
Marino
Gómez
Santos

ESTE sesentón apacible, pulcro, de piel oscura, con manchas asalmonadas en el rostro y en las manos finas, tiene una voz peculiar, inimitable. Habla muy despacio, como si paladease el contorno de cada sílaba y su conversación parece que va a cristalizar en uno de esos poemas suyos que explican sencillamente algunas cosas.

La primera imagen de Pablo Neruda tiene para nosotros una data concreta: 23 de junio de 1970. Desembarcaba del trasatlántico «Verdi», en el puerto de Barcelona, mediada la mañana. A su lado, como dándole guardia, Matilde Urrutia, su mujer, y el pintor José Caballero, con quien Neruda se encontraba después de treinta y tres años de incomunicación.

La estancia de Neruda en Barcelona iba

a ser muy fugaz: casi veinticuatro horas, el tiempo que el «Verdi» hacía escala en aquel puerto. Pero el poeta había tomado sus precauciones para pasar inadvertido por fotógrafos y periodistas, ya que se proponía gozar despacio del encuentro con José Caballero, el más joven amigo de aquellos años en que había residido en Madrid.

Sus primeros recuerdos fueron para la casa del barrio de Argüelles donde residió como cónsul de Chile en Madrid. Allí se reunían los poetas que formaban parte de la generación del 27, entre los que estaba Miguel Hernández; allí corrigió Federico García Lorca el manuscrito del «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías», que iba a ilustrar José Caballero, para la edición de «Cruz y Raya».

En aquella casa se celebraban cónclaves

de poetas. Neruda no los convocaba expresamente; pero sus amigos acudían para hablar y decir sus versos en aquel clima ideal, que se había creado en torno al poeta chileno. Las veladas podían comenzar al atardecer y desarrollarse sin sentir hasta que la luz del día entraba por las ventanas.

Pero la guerra dispersó a aquellos poetas y Neruda regresó a su país. Desde allí, con los ojos húmedos de nostalgia, escribiría:

Yo vivía en un barrio
de Madrid, con campanas,
con relojes, con árboles.

Desde allí se veía
el rostro seco de Castilla
como un océano de cuero.



En esta página, foto de Neruda dedicada al pintor español José Caballero, y dos dibujos de dicho pintor, fechados en 1936, donde aparecen Neruda y García Lorca en Madrid. En la otra página, los dos poetas, de nuevo, por Caballero, Neruda en la actualidad y durante su visita a Barcelona, acompañado de su esposa, Gabriel García Márquez, el gran novelista colombiano, Caballero y su esposa, y, abajo, Marino Gómez-Santos, autor de este trabajo. Finalmente, una visión surrealista de Pablo Neruda por el pintor español.



Mi casa era llamada la Casa de las Flores, porque por todas estallaban geranios. [partes]

Aquella mañana calurosa, caminamos junto a Pablo Neruda desde el puerto barcelonés hasta el Museo Marítimo de las Atarazanas, que él se sabía de memoria, porque ya es conocida su afición a los temas del mar. Su casa de Isla Negra es como un viejo galeón varado en la arena, lleno de caracolas, de redes, de mascarones de proa, de miniaturas de veleros. En las vigas de la techumbre escribió Pablo Neruda nombres de poetas «no por grandiosos, sino por compañeros»: Paul Eluard, Miguel Hernández, Federico...

Era ya muy tarde cuando salimos del Museo. Neruda consultó el reloj:

—Pepito —dijo a Caballero— es hora de que tomemos cerveza y de que me hables y te hable de tantas cosas, después de treinta años o quizás de treinta y tres; hace calor, pero Barcelona está bellísima, con este cielo mediterráneo y estas Ramblas inolvidables.

En la barra de un bar, frente a frente con Neruda, sin testigos, mientras hacía sonar los hielos del vaso de whisky —se arrepintió de tomar cerveza— el poeta nos dijo con el tono de voz más íntimo y cadencioso:

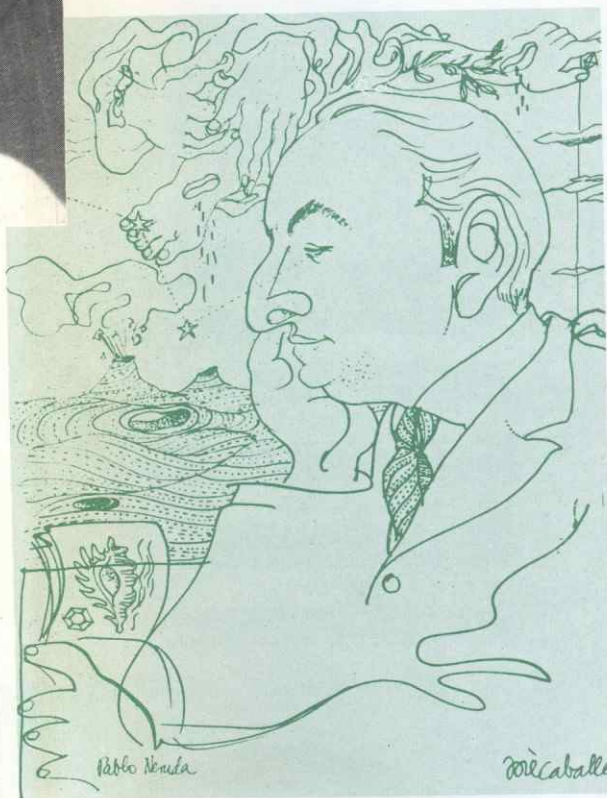
—España es para mí una gran herida y un gran amor, y ustedes comprenden demasiado bien las cosas para aclararlas más. Pero los españoles deben saber que yo viví mucho tiempo —los españoles de estas generaciones que han olvidado ya

muchas cosas— y que tomé parte, dentro de una generación extraordinaria, en las preocupaciones, en los deberes y en la poesía de una época. Esa época es para mí fundamental en mi vida. Por lo tanto, casi todo lo que yo he hecho después —casi todo lo que yo he hecho en mi poesía y en mi vida— tiene la gravitación de mi tiempo de España.

Bebía, distraídamente, a sorbos imperceptibles, como un pájaro. Su pensamiento estaba en aquellos momentos sobrevolando el barrio de Argüelles, «con su estatua, como un tintero pálido entre las merluzas». Y, de pronto, reaccionó para decir:

—Al recordar aquella época, a mí se me confunden las cosas en un gran afecto. No hago diferencias ni juzgo a nadie; no

EN ESPAÑA, CON PABLO NERUDA



tendría cómo hacerlo. Mi amor por España y por esa época sobrepasa los sufrimientos que todos tuvimos. España fue para mí la revelación de mi raíz más antigua. Yo llegué inocentemente, sin saber bien de qué se trataba. España no es fácil. En España hay que darse de cabeza contra los muros para entenderla y amarla. Yo he tenido varios golpes de muro en la cabeza o de cabeza en el muro como para mantener vivo el recuerdo, la fidelidad a mis principios, que pertenecen a su época republicana... Y, en fin, a todo lo español, puesto que todo me toca.

El que Pablo Neruda ha figurado en la lista de los candidatos al Premio Nobel, durante diez años consecutivos, no es una fantasía. El propio Arthur Lunquist, miembro de la Academia Sueca, lo ha

referido recientemente. Y el mismo poeta ha escrito en su libro «Una casa en la arena» cómo en 1963 llegaron hasta Isla Negra los periodistas, que no pudieron traspasar el portón, al que había puesto un candado de bronce.

—Esto de que le adjudiquen a uno los premios —nos dijo— son cosas más o menos exteriores. Yo tampoco puedo estar haciendo hipócritas renunciaciones a tal premio; no es mi género. No es mi especialidad tal cosa, porque creo que el Premio Nobel, donde caiga, está honrando a la Literatura. Pero yo me siento bastante lejos de eso. Desde hace tiempo vivo una existencia bastante apartada en mi casa de Isla Negra, de donde salgo únicamente para cumplir mis deberes cívicos. Yo soy también un político y recorro mi país.

Finalmente, Pablo Neruda recordó a los poetas Vicente Aleixandre y Luis Rosales, que fueron sus amigos en aquella época juvenil en que vivió en la Casa de las Flores, cuando comenzó a editarse dirigida por el propio Neruda, la revista «Caballo verde para la poesía», que ilustró el jovencísimo José Caballero.

Pablo Neruda ha obtenido ya el Premio Nobel y es embajador de Chile en París. Sus libros están traducidos a veintisiete idiomas. Pero siempre suele ocurrir lo mismo: la noticia de la Academia Sueca la recibió el poeta cuando estaba convaleciente de una operación quirúrgica, demacrado y débil.

Su espíritu joven superará el trance y es posible que de todo ello escriba algunos poemas para un nuevo libro.

